

SOBRE EL DESEO O A LA BÚSQUEDA DEL FRUTO PROHIBIDO

**Comentario sobre *Las historias prohibidas de Marta Veneranda de
Sonia Rivera-Valdés (Premio Casa de las Américas de
Literatura Hispana en EEUU en 1997)***

Blanca Doménech Delgado

Universidad de León

Cualquier lectura de una obra, además de suponer la adquisición de una información, implica una interpretación y entendimiento personal. Una segunda lectura admite nuevos significados, otra forma de verla. Y una tercera o una cuarta revelan nuevos secretos, conocidos o no por el propio autor. Cada obra admite tantas lecturas como número de veces nos detengamos en ella y como número de lectores tenga. La que yo voy a hacer de la obra de Sonia Rivera Valdés es mi peculiar lectura. Una entre las muchas posibles. Ni siquiera es la única lectura que yo haría. Tenía que elegir. Y elegí hacerlo desde una perspectiva psicoanalítica.

Voy a hablar de esta obra, entendiendo que el lenguaje no es una entidad cerrada, concluida. Hay algo que siempre queda más allá, por fuera de él. Hay algo que el lenguaje no puede recoger, que siempre produce cierta insatisfacción, hay algo que se escapa y no está todo lo que quería decir. Y peor aún, hay algo que no puede ser entendido por el otro en la forma idéntica en la que yo quería transmitirlo. Hay algo que queda fuera, del que habla y del que escucha. Hay siempre un desencuentro. Y sin embargo, o por eso mismo, no paramos de hablar, de buscar que nos escuchen, nos entiendan, nos lean... o lean en nosotros. Es nuestro mayor placer y nuestro mayor dolor y decepción. Es así, limitado, pero es lo más humano que tenemos, lo que nos diferencia de cualquier otro ser viviente de la naturaleza. La capacidad de simbolizar. Lo máspreciado y lo más restrictivo.

Solo hay algo más “excelso” que el lenguaje. Aquello donde las palabras no son necesarias. Sobran. Aquello a lo que uno aspira, al total entendimiento, sin un decir, sin mediación alguna, cuerpo a cuerpo, piel con piel... (¿madre a hijo, madre a hija?), la unión plena con otro ser, total, única, feliz... la búsqueda ansiosa, repetida, del otro en la relación sexual... Pero también hay algo doloroso en la sexualidad, también hay algo que siempre queda afuera, también hay algo que queda más allá, que no se logra, que se perdió para siempre y se busca por siempre... También hay decepción, desencuentro... Lenguaje y sexualidad... La obra de Sonia Rivera-Valdés *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* reúne ambas cosas. El deseo de hablar, de decir, de ser escuchado en lo más íntimo, el deseo de oír, escuchar, entender... y la sexualidad. Son nueve relatos sobre el amor y el desamor y una nota aclaratoria inicial en boca de la propia Marta Veneranda.

En dicha introducción Marta Veneranda, personaje que escucha y la excusa para la unidad de todas las historias, se plantea una recogida de información de sus narradoras, que tiene más que ver con historias de vida, con una metodología similar (que no igual) a la metodología psicoanalítica, con una escucha que no enjuicie, con un dejar hablar para que sea el otro el que nos guíe y autorice a penetrar en su vida. Y dejar que sea el otro, el único que realmente sabe de lo suyo propio, de lo suyo conocido y desconocido, nos hable... Pero también, desde el inicio de su pretensión, capta, como bien dice en dicha nota aclaratoria que introduce todos los relatos, que el adentrarse en los laberintos del alma ajena es imposible sin cuestionarse e implicarse personalmente (p. 8). Más allá de lo que uno dice, está lo que al otro le “suenan” o le “resuenan”, lo que en el otro mueve su relato. Sujeto y objeto implicados. El que dice y el que oye. Siempre hay un riesgo para dos. Riesgo que hay que atreverse a correr, si nos queremos entender. Riesgo, siempre un riesgo, un límite, una imposibilidad de la comprensión absoluta, completa, redonda. En la obra de Sonia Rivera-Valdés está la pretensión de negar esta imposibilidad. Lo veremos más adelante.

Marta Veneranda decide correr el riesgo de la escucha para comprender al otro y atreverse a correr ese riesgo implica la necesidad de un cuestionamiento de un único modelo científico, el de la ciencia positiva. Aparece el desentendimiento entre su director de tesis universitario y ella. La “recolectora” de historias descubre que si se ajusta al método académico propuesto por su director, difícilmente va a lograr acceder al alma humana. Marta Veneranda Castillo Ovando afronta el riesgo, persiste en su propósito, y en lugar de cambiar de metodología como le propone su profesor-director de tesis, cambia de disciplina y persevera en su objetivo: “adentrarse en los vericuetos del corazón a través de la literatura”.

Dos anotaciones me trae la nota introductoria escrita en nombre del personaje Marta Veneranda. La primera es una cita de Freud de 1933, seis años antes de su muerte, que tras largos años de estudio sobre la feminidad, por no decir prácticamente toda su vida, expresa: “Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual...”; y un poco más adelante: “Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida, *o diríjanse a los poetas*, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor tramada”. Aquí acaba la cita (Freud, 1933: 125). No es una frase puramente estética, comprometida, es una firme convicción. Los novelistas, los poetas, los dramaturgos, la literatura oral, los mitos, los cuentos infantiles, desvelan y transmiten con una intuición y matices riquísimos lo que otros, menos afortunados, sólo somos capaces de captar tras largas observaciones y sesudas reflexiones. La literatura, el arte, es una vía de acceso al alma humana. No, por cierto, de menor valor que la ciencia, para Freud. Así también lo muestran sus diversos análisis de obras literarias, poemas, tragedias, mitos, cuentos, etc. Toda producción humana habla del psiquismo, del alma de quien la realiza.

La decisión de Marta Veneranda de no ajustarse rígidamente a la metodología positivista como la única válida y posible y su aparente virar hacia la literatura es coincidente con los descubrimientos que hace Freud. Si quiere saber acerca de este objeto peculiar que es lo más íntimo, lo que no es evidente a través de la vista, hay que cambiar el método, hay que procurarse otro, y si no existe, hay que crearlo. A riesgo de que se le considere “acientífico” y se le expulse de los ámbitos académicos. No es que Freud no considere válida la ciencia empírica, positivista, es que entiende no es suficiente. No existe una única ciencia, existen otras conceptualizaciones de ciencia, otras metodologías, y si queremos saber acerca de ese “objeto de estudio peculiar” que es el sujeto humano, hay que subvertir el orden. En lugar de ajustar el hombre al método, hay que ajustar el método al hombre. Freud no renuncia, persiste en su interés por un objeto de estudio nuevo, el inconsciente, que reclama a voces un nuevo método. Freud descubre una nueva metodología basada en “la escucha”, la escucha libre. Si bien es una escucha peculiar, no sólo de lo que se dice, sino de lo que queda en los márgenes, los despropósitos, las incoherencias, lo que todos han desechado como objeto de investigación y estudio, los pequeños detalles, los insignificantes “errores verbales” a los que les da un significado, las torpezas casuales, los sueños absurdos, lo dicho “de refilón”, lo que no se dice, lo que se olvida... Freud acoge y afronta aquello que es considerado absurdo, lo supuestamente baladí, lo aparentemente casual, lo que otros habían desestimado. Hay algo de subversivo en su escucha, como hay algo de subversivo en los personajes de Sonia Rivera y las historias prohibidas que cuentan. Hay también en la autora de *Las historias prohibidas...*, como señala Marta Sofía López (2000), un interés por aquellos y aquellas insignificantes (¿transparentes? me pregunto), por aquéllos de quienes pocos se ocupan, por las mujeres, las inmigrantes, las obreras de fábricas, las trabajadoras de empleos precarios, las mulatas, las “malas mujeres”, las gordas, las que no son absolutamente hermosas, las maduras, las que anteponen sus deseos y su trabajo al marido y, por lo que todas ellas dicen. Hay también algo

subversivo en ellas, todas rompen con la censura sobre el cuerpo y la sexualidad y sacan a la luz los discursos profundos del deseo, lo que hay más allá de la evidencia. Rompen con los moldes tradicionales asignados a su sexualidad, con las prácticas habituales que se suponen constituyen los deseos y la felicidad de las mujeres. Sonia Rivera deja hablar a sus protagonistas de lo trivial y de lo trascendente, al mismo nivel. Dejar hablar. Escuchar más allá de un cuestionario, donde ya todo está sabido de antemano. Atiende a aquello que queda por fuera de los discursos lógicos, coherentes, científicos. Deja hablar a las mujeres, desde un discurso típicamente femenino, poco lineal, hilado de detalles, entretrejido con lo doméstico, sazonado de matices... Ellas dicen de sí.

Hay algo subversivo, rompedor, en la novela de Sonia Rivera. Pero hay algo que está ahí siempre presente. La relación madre-hija. Entre todas las protagonistas, nunca hay la que abandona a la hija, la que abandona su función materna. Si bien los personajes de Sonia Rivera Valdés suelen romper, por lo general y aparentemente, con la norma dominante, hay un modelo que nunca se rompe, el de la madre perfecta, el de la soñada e idílica vinculación madre-hija. En mi opinión, Sonia Rivera Valdés en esta obra de lo que habla es de esa profunda, intensa y ansiada relación entre la madre y la hija. Debajo de todos sus relatos se desvela esa primera ligazón. A través de todos sus personajes, Sonia Rivera, de una u otra forma, pretende subvertir las normas dominantes, las que se derivan de una sociedad patriarcal. Pero hay una relación que la autora salvaguarda y propone como alternativa, considera al margen de la sociedad patriarcal: la ligazón madre-hija, o si se quiere, la vinculación de mujer a mujer. Y aquí nuevamente, permítanme que traiga a colación el psicoanálisis. Dice Freud (1931: 227-224) que debajo de toda relación con el esposo, hay una relación con el padre, pero, y ello es lo más sorprendente, antes de esto, hay una ligazón con la madre, una vinculación pre-edípica, o de Edipo Negativo, con la madre. “La intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa

ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada” (1933: 229). Y un poco más adelante:

La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse preedípica, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas mujeres que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de éste repiten con él, sin embargo, en el matrimonio su mala relación con la madre.

Y si proseguimos algo más leemos:

El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad.

Como vemos, Freud descubre y se interesa por esta intensa ligazón madre-hija, a la que es difícilísimo acceder, pero que entiende es básica para la comprensión de la sexualidad femenina. Ligazón materna que denomina como la prehistoria de la niña y cuya importancia produce una sorpresa “semejante al descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega” (1931: 228).

También los personajes de las nueve historias prohibidas desvelan algo de esa primera ligazón con la madre, que no se observa a primera vista, pero que se trasluce de sus aspiraciones, en sus demandas a los varones o a las mujeres. *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* son relatos sobre

el amor y el desamor. Nos permiten cuestionarnos acerca de lo que el amor es y de lo que el amor esconde.

Dice también Freud en otro texto:

El despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de su prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la feminidad. Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el “enigma femenino” acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la mujer (1933: 121).

Bisexualidad. Las protagonistas de Sonia Rivera no tienen nunca una identidad sexual definida, parece que permanecen en esa relación con la madre previa a una sexualidad que admita al hombre; pretenden mantenerse en un matriarcado, históricamente inexistente, melancólicamente soñado... ¿Prehistoria, tal vez? ¿No hay algo de ansiar el paraíso perdido, de volver a ser dioses? Quizá hay algo que no se puede admitir. La pérdida de dicho paraíso, la herida narcisística de reconocer que el otro ya no está a nuestra entera disposición, que el otro no lo tiene todo, que no nos puede satisfacer en todo. Algo de la fusión original no es posible, entramos en el mundo de la cultura, de lo mediado por la interdicción, las normas, los códigos... No es posible esa relación, sin que medie algo reglado. Para aproximarnos al otro necesitamos la palabra, siempre la palabra. Lo limitado del lenguaje, los límites del otro para entendernos, los límites para hacernos entender, la falta, la búsqueda de algo... ¿De qué...? “Yo no la amaba, quería tragármela...” (p. 148) dice la protagonista de *El quinto río* al referirse a su deseo hacia Mayté, su amante.

“Sentí que me faltaba un brazo o una pierna. Su partida me mutiló y lloré mucho” (p. 148), sigue diciendo. De alguna forma Sonia Rivero nos habla de ese “darse cuenta” de los límites. En lenguaje psicoanalítico se diría de la *castración*. No se puede ser hombre y ser mujer, ser todo, ser dios y diosa... “Cada uno de nosotros es un dios que nunca logra reponerse del todo de la humillación de haberse hecho hombre, de convertirse en verbo hecho carne”, dice el filósofo Fernando Savater (1988: 101). Nos cuesta soportar ser verbo, mera palabra, sintaxis (parte de la gramática que estudia las relaciones mutuas de las palabras en la oración y el enlace de unas oraciones con otras).

Si la relación con la madre no puede ser, tal vez sea posible la relación con el padre. Primer salto mortal, de la madre al padre. De lo pre-edípico a lo edípico. Lo prohibido otra vez. Somos palabra en relación con otro humano hecho verbo, palabra. La sintaxis, sus leyes, se soportan mal. ¿Cual es el objeto de amor? El primero fue la mujer, la madre; si esta relación es imposible, y además, conduce a un incesto, la niña gira hacia el padre. ¿El padre? Éste tampoco puede ser: ¡segundo salto mortal! Otra vez romper y buscar... ¿A quién? ¿Dónde?... Otro varón, esta vez no incestuoso... Tal vez, nuevamente, otra mujer... ¿Qué mujer? De mujer a mujer, de la mujer al varón, del varón a la mujer. Hay una búsqueda constante en todos los personajes de Sonia Rivera Valdés. No se encuentra la identidad... En el fondo se sigue soñando con todas las posibilidades, sin límites, sin gramáticas... ¿La media naranja? ¿El paraíso perdido? “El sentimiento oceánico” dirá Freud. *¿Por qué las mujeres aman a los hombres y no a su madre?* es el título de una obra de Marie-Christine Hamon, psicoanalista y profesora en el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII, en el que expone el debate de Freud consigo mismo y con sus alumnas y alumnos acerca de la identidad sexual de la mujer. Diálogo que se inicia en 1923 y que sigue abierto.

¿Qué quiere la mujer?, se dice Freud. ¿Qué buscan las mujeres de Sonia Rivera?, nos preguntamos...

Sonia Rivera-Valdés recoge en *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* nueve relatos cuyos protagonistas constituyen, a su vez, entre sí, una red de relaciones. Palabras unidas en una oración sintáctica. En realidad, no son historias prohibidas, aunque como tal se presenten. De hecho, son secretos a voces, a voces bajas tal vez, pero son secretos en gran parte conocidos y compartidos por los distintos protagonistas. Hay también una negación a lo largo de toda la obra. Todas o todos los protagonistas piden absoluta reserva y acceden a contar su historia prohibida apelando a la probada discreción de Marta Veneranda. Pero Marta Veneranda va a utilizar dichas historias para publicar su libro de relatos prohibidos, Marta Veneranda desvela todas las intimidades al público, con nombres, calles, datos de familia, domicilio, profesiones, nombres de las fábricas donde trabajan, secciones, lugares de nacimiento, todos los detalles.. para que los personajes puedan ser indiscutiblemente reconocidos. Y las protagonistas lo saben. Hay un exhibicionismo moral. Cualidad atribuida por excelencia a las mujeres.

Hay un disfrute, un efecto catártico, terapéutico, en ese querer contar, desprenderse de lo que consideran prohibido, que ninguno de los protagonistas, por más que insistan en la necesidad de ocultárselo a todos, puede evitar. Efecto catártico y terapéutico de la palabra que también descubre Freud. Que no es suficiente, es cierto, pero que provoca efectos. La palabra nuevamente. La palabra nos limita, nos sujeta, nos posee... y nos libera. En la novena historia, *El quinto río*, la protagonista intuye algo, desde su confusa identidad, proyecta convertirse en terapeuta y organizar “talleres de concienciación para mujeres” cuyo objetivo es hablar sin vergüenza de sí mismas, sentirse orgullosas de quiénes son y de las decisiones que han tomado en sus vidas, pulir aquellos recuerdos que han quedado relegados a lo oscuro, y la palabra persigue darles luz... ¿Lo oscuro? ¿El inconsciente tal vez...? Esta obra que estamos comentando de Sonia Rivera nos habla constantemente de eso oscuro que nos lleva... aún en contra de nuestra voluntad consciente, de nuestro

raciocinio. Habla de deseos pero, sobretodo, del deseo inconsciente que subsiste debajo. De lo que subyace a toda razón, a toda lógica, a toda cultura. Aspira a sacar a la luz lo que está en la oscuridad del alma...

¿Qué hay de prohibido en estos relatos? Todos los protagonistas dicen haber disfrutado con lo no permitido que han experimentado y vivido, no se avergüenzan de ello, no lo mantienen oculto. Entonces, ¿es el hecho de no ajustarse a la norma dominante? Lo que los personajes ocultan, a veces, es precisamente la heterosexualidad, como en el caso del protagonista de *Desvaríos*, varón supuestamente homosexual, que ha de ocultar cómo utiliza como fuente de estimulación películas porno heterosexuales. En *Los ojos lindos de Adela* es el hecho de haberse inmolado en una relación sexual no deseada, por amor y en defensa de una amiga. No es, en esta historia, la relación sexual mantenida con el acosador lo que se considera prohibido, sino el que la amiga lo sepa. Son los sentimientos implicados en la relación entre la protagonista y Adela: los sentimientos de culpa por el daño indirectamente causado a Adela, la amistad, el amor, el compromiso, la renuncia en favor del otro. Es la ligazón con otra mujer y los deseos y sentimientos que esa vinculación moviliza. O, en *El olor del desenfreno*, ¿no son sino sus deseos primigenios, la pulsión unida al olor, lo prohibido? Olor excitante que la cultura subvierte en olor nauseabundo...

Preguntémonos otra vez qué es lo que está prohibido. Hay, desde mi punto de vista, una cierta contradicción. Se parte de la idea de que la norma es la heterosexualidad. Que ésta es una imposición social. Se considera que, de forma natural, si no intervienen la dominación patriarcal, las normas sociales y la represión, los seres humanos tendrían cualquier identidad, elegirían en absoluta libertad, según su natural desear. Se parte de la creencia de que la auténtica identidad sexual es instintiva, algo dado por naturaleza, la sexualidad como algo natural, no como algo construido socialmente. O bien, todo vale. No hay normas en la sexualidad. Nuevamente, el ansia de ser todo, como dio-

ses (“y seréis como dioses...”), eso mueve el deseo hacia el fruto prohibido: poder ser en estado de libertad, sin la interdicción de la Ley, de las leyes, ansia por la prehistoria humana, aquélla que no estaba regida, la vida en “estado de naturaleza”, sin normas... ¿Nuestra propia prehistoria? ¿Nuestra relación antes del lenguaje? ¿Antes de toda cultura, tal vez? ¡Ay!, nuevamente el paraíso perdido, la madre, el sentimiento oceánico...

Todos los relatos crean una inquietud al lector: ¿qué es la identidad sexual? ¿Será auténtica esa identidad? ¿Qué hay debajo de esa imagen, de esa máscara que me presenta como mujer, como hombre? ¿Lo prohibido gira en torno a esto? ¿Está prohibido cuestionarse, indagar acerca de la identidad sexual...?

Lo prohibido, desde mi punto de vista, es desear una sexualidad sin prohibiciones. De alguna forma eso es lo que intuye magníficamente Sonia Rivera. También, quizá deja traslucir su propio deseo de que las prohibiciones no nos afecten, de violarlas¹. Lo prohibido es querer estar al margen de toda ley... Lo prohibido es el deseo inconsciente, irreductible.

En cualquier caso, a través de las historias que relatan los diversos personajes, podemos darnos cuenta de que la sexualidad sigue siendo, hoy, tras la aparente libertad sexual, maticemos, libertad de sexo, el mayor foco de angustias, miedos, inhibiciones... Lo más prohibido no es ser homosexual o ser heterosexual, lo más prohibido es cuestionarse acerca del deseo. Del deseo inconsciente que subyace a todos los deseos.

Las nueve historias prohibidas, lo hemos dicho, hablan del amor y el desamor; del deseo: qué es el amor, qué se busca en el amor, quién constituye nuestro objeto de amor, cómo se construye el objeto de amor; o dicho de otra forma, por qué nos atraen los hombres o las mujeres, más aún por qué nos cautiva ese hombre o esa mujer concreta, por qué ha de cumplir una serie de condiciones el objeto para que sea atrayente, ¡qué sé yo!, que sea rubio, que

hable fuerte, que posea un determinado olor, una forma de gesticular, una manera de dirigirse, que pertenezca a otro, que atisbemos en él o en ella algo envidiable, o que muestre algo despreciable, que espere de mí algo, o que me ignore... Las nueve historias hablan de los entresijos del deseo, de las peculiaridades y condiciones del objeto...

Hay algo en común en todos los relatos, lo hemos dicho: la identidad sexual y el amor. Hay algo siempre sin resolver, lo prohibido, lo más prohibido o aquello que nos hace sentir, pensar y creerlo como tal. Algo siempre problemático, nada tranquilizador, nada asegurado, el lugar de todas las inquietudes. La autora, intuitivamente, sabe que no hay nada seguro en la identidad sexual ni en el amor. Mucho se puede hablar, pero siempre resta algo no dicho, no sabido, imposible. Siempre queda algo insatisfecho... de lo que podría haber sido y no fue. No pudimos, no quisimos, no nos atrevimos a desear, no alcanzamos a obtener, nos organizamos para apartarlo, o aún deseándolo y obteniéndolo, no era eso... ¡Ay, el campo del deseo! ¿Qué deseamos?... ¡Ojalá los dioses no nos concedan, a veces, aquello que más deseamos y buscamos! En el relato *Los venenitos* hay un goce secreto que impele a la protagonista a desear aquello que la destruye. Sufre y goza al mismo tiempo. Todo es turbio, humillante, pero todo el empeño de la protagonista durante quince años está puesto en buscar aquello que más dolor la produce, que más la mortifica: “Mi lado oscuro hurgaba los rincones de la casa y de su ropa en busca de detalles para torturarme”, dice. Lo oscuro, nuevamente, salta a la luz. Cuando por fin parece haberse librado de aquel hombre al que ama y odia, cuando por fin cree que éste le va a abandonar por otra, por Fermina, pero sobretodo a partir de que esa otra es objeto de aquellos malos tratos, humillaciones y desprecios que antes iban dirigidos a ella, es cuando aparecen unos celos y un deseo mucho más punzante y virulento. Ella considera que el maltrato es una parte de la intimidad que tiene con el marido, y el saber que maltrata a la otra significa que también con esa otra ha alcanzado esa intimidad, ese goce mortífero. Cuenta:

¿Cómo era posible que otra le importara tanto como para *hacerle* lo que sólo se atrevía a hacerme a mí, extensión de él, parte indivisible de su yo a quien lastimaba sin conciencia de estar lastimando a un ser diferente del suyo? Créame, esa fue mi noche triste y aquellos celos mil veces peores que los sentidos por los besos y caricias compartidos, porque al fin y al cabo, hacía muchos años que el lazo que nos mantenía unidos no era el del amor, sino el del espanto.

Envenena al esposo, no sabemos si por venganza o por celos, por odio o por amor, o por ambos juntos. ¿Qué sería lo más terrible para nuestra protagonista, lo más oscuro, lo más oculto? ¿Quizá que lo mata porque sigue deseando sus golpes? Fermina es invitada a vivir con la protagonista para no sentir la desolación por la ausencia de su propio marido al que ha asesinado. Nuestra protagonista coge fama de “santa”, ella cuidando a la amante de su marido. ¿La cuida o la quiere controlar?

Trascurrido el tiempo, Fermina se repone de la pérdida del amante y busca la relación con otro hombre. La rival en el deseo posesivo y sádico de su marido, la rival en el deseo de éste, tras su muerte, se empeña nuevamente en buscar otro amante, réplica del primero, maltratador, abusador: repetición, pulsión de muerte, goce devastador. La protagonista de *Venenitos* decide envenenarla también a ella, no a su nuevo amante y se justifica:

Fíjese que pienso que eliminar al tipo no va a resolver ningún problema. Sería un hijo de puta menos, pero el mundo está lleno de ellos. El problema es que las mujeres los aguantan, y quien me parte el alma es Fermina. Sé que ella, tal como la he visto conducirse ya en dos ocasiones, si él desaparece buscará a otro que abuse de ella. Y dígame usted, ¿vale la pena vivir así, en el mejor de los casos, un montón años y en el peor, toda la vida? Si se casa

y empieza a parir, con lo dócil que es, olvídense, y otra posibilidad es que uno de esos tipos la mate a golpes. O a tiros, o a puñaladas (p. 93).

Tras la decisión de eliminarla, un comentario irónico de nuestra envenenadora y “santa” mujer: “lástima, tiene una bonita figura”

Aparentemente lo prohibido parece ser ese deseo solidario y amoroso de asesinarla, podríamos decir, para proteger a Fermina de una vida absolutamente desdichada. Nuestro personaje se da unas razones. Pero quizá haya algo más prohibido todavía, más oscuro, más inconsciente, que ni se lo puede confesar a sí misma. La envenena por celos. Fermina, su rival, va a volver a conseguir lo que ella, en el fondo, quizá ansíe vorazmente. Evidentemente siempre habrá, como bien dice la protagonista “un hijo de punta menos, pero el mundo está lleno de ellos” (p. 93), razón por la que no le envenena a él. Ahora bien nos preguntamos si no habrá siempre una mujer dispuesta a prestarse como víctima, a gozar como ella gozaba de esa relación tortuosa. Podríamos dar la vuelta al argumento y utilizarlo para no matar a Fermina. Pero lo que aparece en el envenenamiento de Fermina no son sus ocultos y desconocidos celos; es, se dice la protagonista, un supuesto acto de amor, solidario con un sufrir. ¡Hay amores que matan!, cabe decir. Evidentemente en ese toque irónico de la protagonista (“lástima, tiene una bonita figura”) se deja traslucir un cierto disfrute en eliminar a la rival. Nuevamente el amor y el odio juntos.

¿Qué es el amor?, seguimos planteándonos. ¿Hay algo instintivo en el deseo? ¿Hay algo natural? Cuanto más natural pretenden ser, o de forma más espontánea se comportan, en su círculo amoroso, las y los personajes de sus relatos, protagonistas o no, la insatisfacción nos evidencia lo contrario... No existe el hilo y la aguja, ni el encaje perfecto..., siempre hay algo que queda afuera. A lo largo de todas las historias, aparecen múltiples citas de amor,

modalidades de relación, numerosas historias de deseo, de relaciones entre los cuerpos y entre las almas, de desencuentros.

Sonia Rivera-Valdés trata de introducirnos a través de sus diferentes relatos en lo más humano de todos los personajes. No son sus cuerpos quienes buscan, por instinto, otro cuerpo. Si así fuera, ¡qué fácil sería la satisfacción! Ni siquiera se busca en ocasiones un cuerpo, sino palabras, palabras que remitan a nuestra propia novela familiar, no cualquier palabra, solo aquéllas, las que uno ansía... o el terror de oírlas. Como sucede en todos los relatos, pero más claramente en la protagonista y muchos de los personajes de la octava narración, *La más prohibida de todas*. Por cierto, ¿por qué la más prohibida? Dejémoslo por el momento.

No es la anatomía lo determinante. La identidad sexual no viene garantizada por una anatomía, ni el objeto viene dado por nacimiento, dice Freud en 1905. Ya desde esa fecha rechaza la idea de una maduración biológica que determine espontáneamente la atracción entre los sexos. El comportamiento sexual no viene preformado: por el hecho de tener unos genitales determinados no está asegurada la heterosexualidad.

¿Qué busca, qué demanda cada personaje de *Las historias prohibidas*? El amor heterosexual, homosexual, homoerótico, narcisístico, filial, maternal, paternal, fraternal, infiel, masoquista, incestuoso, sádico, obligado, escogido, frustrado, temido, ansiado, despreciado... Todo pasa por delante de nuestros ojos y nos cuestiona. Sonia Rivera no nos habla sólo de cuerpos, de anatomías, nos habla del deseo humano. En ello coincide con el psicoanálisis. No son los cuerpos lo que le interesa al psicoanálisis en cuanto dotados de una anatomía, sino el deseo entretejido en el cuerpo. Y ¿cómo se entrelazan cuerpo y deseo?

El deseo se construye a lo largo de un proceso en el que intervienen los otros que nos preceden y que nos colocan en una posición. Somos hijos o

hijas de, hermana de, madre de, padre de, y esta posición nos obliga y limita. Es una red de relaciones regladas. Como las palabras dentro de una oración, conforme a una sintaxis.

Necesitamos un otro para sobrevivir, que nos cuide y valore. La madre es el primer objeto para niños y niñas. Lo hemos dicho. Ese alguien que proporciona las primeras sensaciones placenteras, palabras que se oyen, brazos que sostienen y mecen, manos que acarician, alimento que aplaca la tensión... La madre nos libidinizaba, la madre es TODO. Pero no es una persona, es ALGO a mi entera disposición, algo para procurar placer, para calmar, algo PLENO. “Yo no la amaba, quería tragármela...”, dice un personaje. La protagonista de *Los venenitos* nos dice que es “extensión de él, parte indivisible de su yo” (p. 90), y aunque es consciente de que eso no le ayuda, sin embargo, lo desea. Ser uno. No ser independiente. Ser él, fundidos en íntima y estrechísima relación. No es ese hombre lo que busca, es esa experiencia con el otro, sea mujer o varón.

Desde una perspectiva infantil la madre es todo para uno, lo puede todo, es omnipotente y nosotros satisfacemos todos sus deseos, por algo hemos nacido fruto de su deseo: hemos estado colocados en la posición de ser todo lo que hace feliz a la madre. Pero este estado ideal finaliza. Como dice Fernando Savater, “gradualmente nos va penetrando el cáncer de la fragilidad de nuestros poderes y el pánico a la impotencia total de la muerte tras haber conocido —tras haber sido- la pura omnipotencia intangible” (1998). Nos vemos obligados, a la fuerza y sin nuestro consentimiento, a abandonar esa posición irreal de omnipotencia. Pretender mantenerse en ella no lleva más que a la impotencia letal. A seguir queriendo ser todo para otro, estando más pendiente del deseo del otro que del propio. Las demandas del hijo o de la hija hacia la madre son desenfrenadas y excluyentes. Como lo son las demandas que los personajes de Sonia Rivera suelen hacer a su objeto de amor. Todo nuestro psiquismo brota de una megalomanía primaria y ha de sufrir

el enorme dolor narcisístico de encontrarse con los límites, las normas, lo social. Con la imposibilidad de mantener esa primigenia, intensa y estrecha relación madre-hijo/a. La cultura se ha interpuesto, como se interpone el lenguaje frente a lo real. No todo puede ser dicho, algo escapa. No todo puede ser hecho, algo queda prohibido, algo queda impedido. No admitirlo es la locura. No admitirlo es la impotencia. El empeño sin embargo es largo, la renuncia costosa, la negación frecuente.

Las primeras personas que nos han cuidado, por lo tanto, constituyen el germen de nuestro deseo pulsional primero, amoroso después. Quizá en la octava historia, *La más prohibida de todas*, podemos ver esto con más claridad. La madre de nuestra protagonista, Martirio, andaluza y republicana como el padre, se ve obligada tras el fusilamiento de su esposo durante la guerra civil española a emigrar recién enviudada y embarazada de la niña. Impelida pues a abandonar su patria y perder su pueblo, su familia, sus vecinos, su dinero y sus pertenencias, es una mujer en un lamento constante, de inconsolable llanto, que es apodada “martirio” y Martirio es también el nombre que le pone a la hija. Hay una identificación madre-hija, de parte de la madre: un mismo nombre para dos mujeres. ¿Quién es la media naranja de Martirio? Rocío, cuya historia es tan similar a la de Martirio que ella misma expresa:

Como puedes imaginarte, conociendo tú mi vida, quedé atónita con las similitudes. Hasta el nombre tuvo el mismo origen, aunque su madre hubiera tomado el aspecto del consuelo para ponérselo y la mía el del sufrimiento. Era casi verme repetida, reencarnada en vida aún. Le hice el cuento de por qué me llamo Martirio, reímos y su cercanía me hizo feliz de una forma que había olvidado existía (p. 125).

En esta octava narración la presencia de la madre es siempre patente, lo veremos. Pero vamos, primero, a señalar además cómo ese deseo de ser todo, de no admitir los límites, está presente en todo el relato. En *La más prohibida de todas* Martirio tiene la mayor de todas las pretensiones humanas, que no le afecte ningún límite. Quiere seducir a Marta Veneranda, con su absoluta perfección, el más difícil todavía. Se presenta como la que todo lo tiene: está completa. Quizá la pretensión de la histérica, ser objeto de amor y del deseo de otro, la mejor, ella sola, triunfante, por encima de todos. Si Marta Veneranda quiere ser escritora y desea las historias de los otros, Martirio tiene aquello que ella desea y más: “la más... en todo.” No carece de nada, persigue serlo todo, escritora, relatadora, sujeto de las experiencias, objeto de investigación. Compite con la propia Marta Veneranda, Martirio también va a ser escritora. Promete contar la historia más prohibida de todas, la que sobresalga por encima de cualquier otra, la más genial, la joya, y la que cierre el libro, después de ella la nada... Pretensión de completud, de totalidad... Quizá por ello la más prohibida exigencia del ser humano...

Volvamos a esa búsqueda ansiosa de la madre y ese afán de que nada se interponga en esa relación. La madre de Martirio vive gracias a ella, ella es su consuelo, ella representa su dolor... Hay exceso de madre. Madre e hija inseparables, acudiendo juntas al cine dos o tres noches a la semana, sin que si interponga ninguna norma, ninguna obligación, ni horarios, ni escuela... La hija, Martirio, es su razón fundamental para vivir, su consuelo...

Quizá por eso todas las relaciones que establece Martirio nos retrotraen a la madre. Para empezar su propio nombre remite a la indiferenciación con ella, a la manera en que se martiriza y sufre la madre. Sus objetos de amor parecen sustitutos maternos, busca consolarse y consolar a otro, quizá como ella era el consuelo de la madre y ambas se compadecían juntas. Sus sueños inquietantes, que surgen a raíz de una ruptura amorosa, terminan con una búsqueda o apelación a la madre. Conoce a su futuro marido, y Martirio

nos dice que fue el día del aniversario del suicidio de su madre. La madre siempre presente en su mente. Lo que la enamora es el desconsuelo, el dolor de su pareja, otra vez el mismo tipo de relación que tuvo con la madre. Elige para casarse el día del cumpleaños y santo de su madre. Decepcionada de ese hombre, Martirio busca en las mujeres. Pero ni entonces, con un varón, ni después, con las mujeres, deja de buscar Martirio a su madre, o algo de su madre. ¿Y quien es esa mujer, Ada, de quien se enamora? Alguien que la quiere en una relación de a dos, alguien que no puede compartirla en grupo, alguien que exige exclusividad..., alguien que es capaz de matar antes que aceptar un límite a sus pretensiones. Volvemos a ver a otra mujer que busca esa relación diádica, sin un tercero, sin nada ni nadie que medie.

¿Qué le encadena a Ada tantos años? Entre las muchas razones que podríamos analizar hay algo que Martirio cuenta en su historia:

Lloraba todas las noches sobre mi pecho y me ató a ella una cadena invisible de hábito antiguo de consolar llantos. En su dolor reconocía y, aún peor, sufría el mío. Así, dejaba de sentir mi propio pesar, causado por ella, para identificarme con el suyo. Al final, era el dolor de mi madre, el que nunca pude consolar y que ahora, permitida la caricia sin límites, tenía oportunidad de hacerlo, posibilidad de darle placer y ponerla contenta (p. 117).

Parece claro que Martirio se funde con Ada, que Martirio vive a través de Ada, que Martirio busca en Ada lo que deseaba encontrar en su madre. Y en sus siguientes experiencias, todas remiten a la madre:

aquella necesidad de estar enamorada, en paz o en guerra, pero nunca sola, no era soledad de otro ni de otra, era soledad de mí, de mi centro, del que me había desenganchado muy temprano para poner en su lugar el dolor de mi madre (p. 120).

Pasan siete años y en una librería, buscando el regalo ideal para su madre, conoce a la que va a ser su nueva amante. Rocío, que vive sola con su madre, es también el alivio de su soledad. ¿Por qué busca nuevamente a alguien que tiene una especial y estrecha relación con su madre? Martirio se enamora de alguien como ella, de alguien que como ella tiene una historia común, un nombre que participa como el de Martirio de algo del sentir de la madre...

Todo ser humano tiene abiertos ante sí dos caminos para la elección de objeto de amor, pudiendo preferir uno u otro. Se ama conforme al tipo narcisista: lo que uno es, lo que uno fue, lo que uno quisiera ser, o a la persona que fue una parte de uno mismo. O se ama conforme al tipo de apoyo: a la mujer nutricia y al hombre protector (Freud, 1914: 85-87).

No son palabras de ningún personaje de Sonia Rivera, son palabras de Freud dichas en 1914.

¿Qué dice Mayté en *Cinco ventanas del mismo lado* al contactar con Laura?

Sumergida en mis recuerdos más que escuchando, comencé a acariciarle el pelo suelto y húmedo. Al cabo de unos minutos, la melodía me había llevado a las calles estrechas y rectas, con el mar siempre al final, donde corría de niña. Empecé a sentir la sua-

vidad de aquellas tardes y algo se me fue ablandando adentro...
(pp. 18-19).

Ahí empieza su relación con Laura. ¿Qué hay en los anhelos terapéuticos de la protagonista de *El quinto río*? El ansia por transformarse en una terapeuta-madre-dadora universal, satisfactoria de todas las demandas.

La avidez de ese vínculo que colme, que aplaque todos los dolores, que obture todos los vacíos, que apacigüe todas las soledades, está siempre vigente. ¿Qué hay en el relato de Martirio? Hay madre, madre por todos los lados. Y hay padre, hay prohibición, hay incesto deseado en las palabras que excitan los oídos de la protagonista. Hay incesto con la madre, ansiado, en el diálogo erótico entre las dos amantes. ¡Por fin hay alguien que conoce todas las líneas del guión del deseo de la protagonista! ¡Por fin la media naranja! ¡Por fin hay alguien con quien compartir el ansia de volver a la madre! Quizá por eso es la más prohibida de todas. Es la que pretende eliminar todas las leyes, todas las prohibiciones. Volver a una relación diádica, feliz, omnipotente, de plenitud, volver a ser dioses. Una relación no mediada por ninguna ley, absolutamente natural... La más prohibida porque ansía saltarse todas las leyes, toda la cultura, todas las normas, ser todo, sin normas que afecten, sin límites que cercenen, sin mediación del lenguaje... El otro sabe todo, lo da todo y yo lo sé todo, lo doy todo: somos una misma cosa, para qué expresar algún deseo, no lo sabe ya el otro... ¡Una naranja completa...! Quizá por eso la más prohibida, porque ansía ser dios, la completud absoluta.

¿La búsqueda del fruto prohibido... de la media naranja? ¿La media naranja? ¿La naranja entera...? Más allá de que nos remita a la canción infantil... Ser solo media naranja es doloroso, no somos un fruto completo, pleno, redondo... Pero ello implica buscar, esperar, anhelar, escudriñar, desear..., estar vivos. Pero lograr ese ser naranja entera supone estar pegado para siempre al otro, ser el otro, ahogados en el deseo del otro. No hay posibilidad de ser

uno, de tener deseos propios, de ser cada uno, uno. No hay posibilidad de ser dos deseos confrontados, jugando juntos, buscando, lidiando, sufriendo, disfrutando... La naranja entera es el fin del deseo, en su doble acepción: lo que se busca, pero lo que lo ultima, lo que lo mata. Ya no hay más deseo. Es la muerte, el fin de todos los deseos. La satisfacción absoluta. Ya no se puede desear más, ni ansiar más, ni pretender más... Hasta ese punto se llegó. Aquí finaliza el deseo, la vida.

¡Ojalá los dioses no nos concedan TODO lo que más ansiamos y nos permitan, insatisfechos y deseantes... seguir viviendo!

NOTAS

1. Freud, en *El malestar en la cultura* (1930), señala que una de las fuentes de insatisfacción es la cultura que hemos creado, y que ello lleva a la pretensión de rechazarla y volver a un estado primitivo, sin cultura. Pretensión imposible, dado que todo aquello que hagamos para protegernos o eludir la cultura no deja de ser cultural. También subraya cómo siempre ha existido esa creencia en que la vida en estado “salvaje”, primitivo, es más feliz, pero no se podía atribuir a su aparente estado de naturaleza, carente de cultura, sino a las características menos complejas de dichas sociedades, o a la geografía, economía, organización, etc... En cualquier caso con su propia cultura. (pp. 85-86). “El ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales, y de ahí se concluyó que suprimir esas exigencias o disminuirlas en mucho significaría un regreso a posibilidades de dicha”. La cultura, dice, “es la suma de operaciones y normas que distancia nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirve a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres” (p. 88).

Pero hay algo que conduce a la insatisfacción y no es la cultura, hay algo en el propio ser humano. La renuncia a sus pulsiones. Algo constitutivo. Algo que hace que, aunque busquemos todas las satisfacciones, a partir de un momento, ya no disfrutamos con ellas... Algo se ha incorporado a nuestra forma de ser, algo nos prohíbe desde adentro. Algo inconsciente se ha instaurado. Algo que impide el disfrute absoluto, el goce pleno, pero nos autoriza y permite una dicha parcial.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de una teoría sexual. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu (1ª edición, 1978; 9ª reimpresión, 1996). Tomo VII. (pp. 109-224) (Versión castellana de *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*).
- (1914). *Introducción del narcisismo. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu (2ª edición 1984; 3ª reimpresión, 1996). Tomo XIV (pp. 65-98). (Versión castellana de *Zur Einführung des Narzissmus*).
- (1931). *La sexualidad femenina. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu (2ª edición 1986; 5ª reimpresión, 1996). Tomo XXI (pp. 223-244). (Versión castellana de *Über die weibliche Sexualität*).
- (1933). “33ª Conferencia: La feminidad”, en S. Freud: *Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis. Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu (2ª edición, 1986; 4ª reimpresión, 1996). Tomo XXII (pp.104-125). (Versión castellana de *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*).
- Hamon, M. Ch. (1992). *¿Por qué las mujeres aman a los hombres y no a su madre?* Barcelona: Paidós. (1ª edición, 1ª reimpresión. 1998). (Versión castellana de *Pourquoi les femmes aiment-elles les hommes et non pas plutôt leur mère?*)
- López, M. S. (2000). *Las mujeres subversivas de Sonia Rivera-Valdés*. Comunicación inédita presentada en el *II Coloquio Internacional de Mujeres Latinoamericanas y Caribeñas* en La Habana.
- Savater, F. (1998). *Ética como amor propio*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.